

Rodrigo Araya Gómez

Organizaciones sindicales en Chile. De la resistencia a la política de los consensos: 1983-1994

Ediciones Finis Terrae, Santiago, 2015, 330 pp. ISBN: 978-956-7757-64-0

Este nuevo libro de Rodrigo Araya se enfoca en el rol jugado por el sindicalismo chileno desde el inicio del ciclo de protestas contra la dictadura militar hasta fines del primer gobierno civil. En este sentido, representa una perspectiva temporal interesante por correr el cerco de la historia reciente, ya que gran parte de los estudios sobre el tema han abarcado solo hasta el año 1989.

Bajo este marco temporal, Araya intenta volver a posicionar el rol político del sindicalismo, por lo que se concentra en las organizaciones de tipo superior, como fueron los diversos reagrupamientos sindicales de la primera mitad de la década de los 80 y, desde 1988, en la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), sosteniendo que desde los últimos años de la dictadura en adelante existieron en el sindicalismo elementos de continuidad y cambio, como la persistencia de la unidad sindical y la emergencia de una mayor valoración del consenso y la estabilidad social.

Estructurado a partir de tres capítulos, el libro se inicia con las repercusiones de la dictadura para el movimiento sindical en sus aspectos represivos y legales, para luego ir dando cuenta del lento y silencioso proceso de reestructuración organizativa. Con el inicio del ciclo de protestas, un sector de las dirigencias sindicales se posiciona en la primera plana del movimiento opositor, por ser las figuras convocantes de los llamados a protesta. Esta situación permitirá ganar peso político a este sector del sindicalismo, fuertemente vinculado a los partidos opositores; especialmente el autor se centra en la relación sindical-partidaria de la Democracia Cristiana (DC). Si bien fue un hecho objetivo que la presencia de este partido en el mundo sindical creció durante la década de los 80, no se entiende por qué no se tratan de la misma forma otras culturas políticas con similar presencia, como fueron los diversos agrupamientos del Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC), donde recién aparecen sus posiciones en el contexto previo a la fundación de la CUT. Este vacío se produce principalmente al utilizar casi exclusivamente los discursos sindicales políticos reproducidos por la prensa, la que en su mayor parte estaba ligada a sectores de la DC o la Iglesia.

A partir de la revisión de diversa prensa de la época se argumenta de forma coherente una de las tesis centrales del texto, que dice relación con que en las condiciones impuestas por la dictadura el sindicalismo mantuvo su rol convocante y aglutinador, asumiendo labores propias de los partidos políticos, quienes al verse limitados a ejercer sus roles tradicionales dieron mayor tribuna a las organizaciones sindicales como voceros de sus políticas. A pesar de esto, también se aclara que ese rol no se tradujo en una movilización masiva de trabajadores, puesto que éstos mayoritariamente estuvieron ausentes o participaron de estas jornadas desde otros espacios, especialmente desde sus poblaciones. Sin embargo, el texto carece de acciones y prácticas desarrolladas a nivel de las bases sindicales durante el periodo, como pequeñas marchas, ayunos nacionales de profesores en escuelas, descatos masivos de trabajadores de los programas de empleos mínimos del gobierno, etc. Al poner el acento en las organizaciones sindicales superiores (Federaciones, Confederaciones y Centrales) se deja a un lado una perspectiva más de base que permita dar cuenta del rol

jugado al interior de empresas y fábricas. La carencia de testimonios de los protagonistas, boletines más específicos, panfletos, volantes, etc., conduce a una historización cupular del sindicalismo, donde la mirada de Araya es destacable en cuanto a revalorar la relación de las organizaciones sociales con los partidos políticos –lo que había sido subvalorado por parte importante de la “nueva historia social”–, pero vuelve a provocar identificaciones abstractas, donde la autonomía relativa de las organizaciones sindicales desaparece.

El libro reseñado considera como punto de inflexión el decisivo año de 1986 y la posterior salida pactada de la dictadura, puesto que en ese contexto se produjeron importantes cambios en el sindicalismo histórico, al ir abandonado el carácter confrontacional por uno de mayor concertación y acuerdos. Es en este lugar donde aparecen los mayores aportes del texto de Araya, al dar cuenta de que si bien hubo importantes continuidades del sindicalismo chileno con su “tronco histórico”, también surgieron importantes cambios, al poner a la colaboración en el centro de las relaciones con el Estado y los empresarios, abandonando perspectivas de tipo clasistas por una donde la empresa se veía como una comunidad de intereses.

En ese contexto, las divisiones en la táctica para derrotar a la dictadura comienzan a aparecer. Por un lado se propició una táctica de oposición pacífica ligada a los partidos de centro, y por otro, una táctica que comprendía todas las formas de lucha, incluyendo la violencia política, ligada a los partidos de izquierda. La mayor presencia de la DC y el socialismo renovado en el movimiento sindical lograron tensionar a éste hacia una táctica de movilización donde se excluía la violencia. Sin embargo, esto no debe desentenderse del vacío historiográfico existente respecto a los discursos y prácticas del importante sector del sindicalismo ligado a las organizaciones de izquierda que durante esos años desarrollaron una línea que incluyó la violencia política.

La autonomía relativa que mantuvo el sindicalismo permitió que a nivel social no se replicara idénticamente la exclusión de los sectores comunistas, como se hizo a nivel partidario. Así, en la formación de la CUT en 1988, los dirigentes sindicales comunistas fueron aceptados –y no excluidos como planteaban los dirigentes más reaccionarios de la DC–, pero siendo marginados de la conducción de ésta debido a la nueva alianza DC-PS que significó otro importante cambio para el “tronco histórico” del movimiento sindical, hegemonizado durante todo el siglo XX por las organizaciones de izquierda. Este profundo cambio provocó que se postergaran sus reivindicaciones para el futuro gobierno posdictatorial, apelando a la madurez y la racionalidad para aportar a la consolidación de la transición a la democracia. Al mismo tiempo, principios medulares del sindicalismo chileno fueron abandonados, como la lucha de clases y el antiimperialismo, a cambio del pluralismo y la colaboración con el empresariado en beneficio de la productividad, por lo que la cultura política sindical pasaba a ser más influenciada por el pensamiento social de la Iglesia que por el marxismo, comprometiéndose a encauzar el conflicto social para asegurar la estabilidad del proceso democrático.

El último capítulo presenta el desarrollo de las relaciones entre la CUT y el gobierno de Aylwin, escenario en que las relaciones partido-sindicato de los sectores DC consolidan su hegemonía ahora desde el gobierno, lo que se tradujo en los acuerdos marco, verdaderos símbolos de la política de colaboración entre trabajadores y empresarios. El rol de la CUT en este escenario fue el de canalizar determinadas demandas sociales hacia el diálogo, previniendo cualquier tipo de estallido social, lo que fue criticado por los dirigentes sindicales comunistas, cuyos discursos son analizados de una forma menor a la detallada por otras investigaciones (como la de Sebastián Osorio).

Las prácticas de consenso no lograron satisfacer las esperanzas que los trabajadores habían depositado en el gobierno posdictatorial y en la CUT, lo que contribuyó al descenso de la sindicalización a partir del año 1992. Así, el consenso es mostrado en el libro como un elemento discursivo artificial que intentó reflejar el nuevo espíritu del país, pero que se enfrentó a quienes no habían renovado sus posiciones fundamentalistas: el empresariado.

El libro finaliza concluyendo que a partir del año 1994 hubo un cambio de ciclo en la CUT, distanciándose del gobierno, lo que fue aparejado con una crisis interna debido al callejón sin salida en que quedaron los dirigentes sindicales de la Concertación al no obtener las reivindicaciones esperadas. Sin embargo, si bien ahora se cuestionaba el consenso como práctica política para el mundo sindical, éste ya había logrado naturalizar la continuidad del modelo, por lo que la revalorización de la movilización social encontraba poco margen de acción tras la desmovilización de las bases sindicales y haber hecho de la práctica sindical una labor de dirigentes. En ese sentido, las críticas que hemos esbozado al libro pueden ser entendidas valorando que el enfoque del autor se centra en el sector hegemónico del movimiento sindical, el que estuvo en la conducción de sus entidades superiores. Pero esta perspectiva tiene que ser complementada con entidades y prácticas de bases, donde el conflicto se mantuvo presente aunque limitado a demandas locales. En este sentido, el autor subvalora las numerosas huelgas realizadas por sindicatos locales en la minería, Lozapenco, el carbón, los profesores, trabajadores de la salud, etc., que en muchos casos tuvieron un potencial unificador que no fue considerado por la CUT. Sin estos procesos concretos, sin considerar la historia oral, ni prácticas a nivel de bases (marchas, mítines, asambleas, etc.) difícilmente se puede entender la experiencia y la subjetividad del trabajador común, reservando el rol político a los discursos de las altas esferas sindicales.

CHRISTIÁN MATAMOROS FERNÁNDEZ
Universidad de Santiago de Chile